



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Derechos humanos y libre comercio

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1999). Derechos humanos y libre comercio. *Cuadernos Americanos*, 3(75), 11-25.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 75, (mayo-junio de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Derechos humanos y libre comercio

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL,

Universidad Nacional Autónoma de México

1

LOS DERECHOS HUMANOS o del Hombre son parte de la historia de la Modernidad. Están en la Declaración de Derechos de la Revolución de los Estados Unidos en 1776 y de la Revolución Francesa en 1789. En ellos se manifiesta una idea abstracta del hombre que sólo refleja a sus formuladores: los estadounidenses reclamando su independencia como nación y los franceses exigiendo el fin del despotismo que les niega su derecho a participar como ciudadanos en el orden de la nación. En ambos casos son europeos contra europeos, en naciones europeas como Inglaterra y Francia. Nada que ver con derechos de gentes extrañas a Europa.

Los derechos de los estadounidenses son de su exclusividad y sus reclamos no tendrán validez para los pueblos al sur de sus fronteras, ni para los primitivos habitantes de la llanura norteamericana, como tampoco para la gente esclavizada, desarraigada de África. Los franceses, por su parte, se negarán a reconocer tales derechos a los pueblos y habitantes de sus colonias, como los haitianos en el Caribe.

Será al finalizar la Segunda Guerra mundial en 1945, al crearse las Naciones Unidas, que tales derechos tendrán un sentido concreto, partiendo de la diversidad de lo humano: raza, cultura, hábitos y costumbres, ello en el cumplimiento de las promesas hechas por las naciones libres a los pueblos bajo su hegemonía para incitarlas a combatir el totalitarismo en Europa y el militarismo japonés en Asia. Los pueblos bajo coloniaje o hegemonía occidental reclamarán e inclusive lucharán por el cumplimiento de tales promesas.

Luego, estos reclamos serán nuevamente puestos en entredicho en la guerra fría en la que se enfrentaron los grandes triunfadores de la Segunda Guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética,

el sistema capitalista y el comunista. El presidente estadounidense Harry Truman inició esta nueva guerra el 26 de julio de 1947, cuando hizo aprobar la Ley de Seguridad Nacional. Los Estados Unidos deberían unirse férreamente frente al nuevo enemigo, el comunismo enarbolado por la Unión Soviética y sus aliados en la Europa del Este y otras regiones de la tierra. Para los estadounidenses esto implicaba más impuestos y absoluta disciplina. El terror frente al nuevo enemigo permitiría al Ejecutivo decidir por todos los estadounidenses: "Vienen los rusos, hay que prepararse para enfrentarlos". Truman tenía la bomba atómica con la que había vencido al Japón, pero pronto la Unión Soviética la desarrolló también. Empezó la paz con la amenaza de una guerra, que de estallar pondría fin a la humanidad.

Esto implicaba que los reclamos de gentes y pueblos exigiendo el reconocimiento a la autodeterminación y el respeto a los derechos humanos de sus hombres pasaban a ser parte de la ideología del enemigo a combatir. Se transformaban en una expresión del comunismo que buscaba imponer su hegemonía a lo largo de la tierra. Lejos de ser aceptadas, tales demandas deberían ser combatidas, anulando su posibilidad. La guerra fría pesará sobre estos pueblos. Charles de Gaulle, el héroe francés, acuñará para ellos el nombre de Tercer Mundo, formado por Asia, África y América Latina. Éstos buscarán su integración, designándose como pueblos no comprometidos, esto es, ni capitalistas ni comunistas.

En las tierras de este Tercer Mundo, las potencias en pugna probarán sus más sofisticadas armas para guerras de alcance limitado. A lo largo de estos continentes, sus pueblos utilizarán formas de resistencia como el terrorismo, lo cual originará la más brutal represión. Orden internodentro del mundo occidental, inquisiciones como el macarthismo, denunciando y castigando en nombre de la libertad. En el mundo comunista bajo la conducción de Stalin, la despiadada represión se hacía en nombre de la justicia. Las luchas por los derechos de los pueblos y sus hombres se transformarán en luchas anticoloniales, destacando la de Indochina, donde retrocede el colonialismo francés. Estados Unidos toma su lugar en la región e inicia la guerra en Vietnam, que será parte de la política externa estadounidense para no permitir "vacíos de poder" que pudiesen ser ocupados por el comunismo. Pueblos como Cuba, que ponen en marcha una revolución nacionalista, se verán obligados a buscar la protección de la Unión Soviética para no correr la suerte de otras revoluciones semejantes en América Latina.

II

EN 1989, bicentenario de la Revolución Francesa, comienza uno de los más extraordinarios cambios que se darán en la historia de la humanidad. Se inicia con la decisión del conductor de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, de romper con la guerra fría, cuyo alto costo tenía que ser pagado por su pueblo y por todos los que estaban bajo la hegemonía soviética, con el sacrificio de sus derechos a la libertad y a modos de vida justos como los que estaban al alcance en el sistema capitalista. A partir de la guerra fría, Estados Unidos, con su poderoso armamento, impediría una agresión comunista. Cuando en 1989 Gorbachov sostiene que el modo de vida capitalista no estaba reñido con el socialismo, por el contrario, ampliaba esta posibilidad a todos los hombres y pueblos de la tierra, se hizo obsoleta la carrera armamentista y con ella todos los pueblos de la tierra podrían utilizar esos innecesarios gastos para el mayor logro de los derechos del hombre: "Todos los hombres tienen derecho a ser felices y libres".

En las fiestas del bicentenario en Francia, Michel Rocard, primer ministro, recordaba a Victor Hugo cuando decía: "En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa y al siglo siguiente se llamará Humanidad". Se globalizaba lo humano en sus múltiples expresiones. Gorbachov a su vez habló de cómo la Revolución Francesa de 1789 se prolongaba y ampliaba en la Revolución Rusa de 1917. Cuando François Mitterrand habló de la Casa Común Europea, realización de un sueño que desde hacía diez años se venía gestando, Gorbachov habló de una Europa que llegaría a los Urales, pero entonces Mitterrand replicó diciendo que los dueños de esta casa se reservaban el derecho de aceptar a nuevos inquilinos. La casa se reducía a la Europa Occidental, al mundo libre y capitalista.

Las esperanzas que se habían expresado en los actos conmemorativos del bicentenario iban desapareciendo. Por el contrario, se ampliaban las resistencias. Poco antes de estas fiestas, el estado-unidense Francis Fukuyama escribió un ensayo: "¿Fin de la historia?"; siguiendo a Hegel, sostiene que la historia ha llegado a su fin para los pueblos que con su ciencia, técnica, sistema de gobierno liberal y democrático han hecho triunfar el espíritu encarnado en el sistema capitalista encabezado por Estados Unidos. En la historia sin fin quedan los pueblos del Tercer Mundo y los de la Unión Soviética y la Europa del Este que eligieron otro sistema.

La Unión Soviética se ha salido de la guerra fría para que su pueblo y los que estaban en su zona de influencia pudiesen gozar de los derechos que no son exclusivos del mundo capitalista. La Perestroika y el Glasnost serán las bases del cambio, poniendo fin al costoso enfrentamiento.

Los pueblos de la Europa comunista salen a la calle pidiendo el derecho a la autodeterminación. En esta ocasión los tanques y tropas soviéticas no reprimen, ni sus gobernantes se resisten, salvo en Rumania, donde la insurrección culmina con el derrocamiento y ejecución de su gobernante. Pronto se hacen estos reclamos entre pueblos que forman la Unión Soviética, como las repúblicas bálticas. Gorbachov se resiste porque aceptarlo implicaría la desarticulación de la Unión. Europa Occidental y Estados Unidos condicionarán cualquier apoyo económico al gobierno soviético para acelerar los cambios a la aceptación de los reclamos bálticos. El mundo occidental aprovecha la oportunidad para anular al único poder que puede oponérsele. En 1991 la Unión Soviética se desarticula y desaparece de la historia.

III

1989, fin de la guerra fría y de la carrera armamentista e inicio de la independencia de los pueblos de la Europa del Este y la caída del Muro de Berlín y de las fronteras que separaban a las dos Europas. Al finalizar tal año, América Latina, entusiasmada por los sucesos y las esperanzas que se originaban, sufre gran decepción cuando Estados Unidos ordena bombardear Panamá con las armas que ya no podrían ser utilizadas contra la Unión Soviética, para castigar a un gobernante desleal a sus intereses. Sucede en el mismo diciembre en que termina en Europa la última resistencia al cambio democrático en Rumania. Lo expresado por Fukuyama se hace realidad y las esperanzas que contenían las palabras de Victor Hugo pasan al olvido.

El fin de la guerra fría, que parecía la antesala del reconocimiento universal de derechos del hombre en sus múltiples expresiones, resulta ser una absurda interpretación. Ha sido simplemente el triunfo del sistema capitalista, como lo expresaba Francis Fukuyama: "El último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno". Triunfo de la libre empresa con sus computadoras y videocaseteras. Eliminada la Unión Soviética

había que buscar algo que uniese al mundo libre como lo había hecho la guerra fría bajo el liderazgo de Estados Unidos. El castigo a Panamá había sido la advertencia para un enemigo más poderoso que el comunismo, originado en el atraso y la miseria de los pueblos del llamado Tercer Mundo.

El presidente de Estados Unidos, George Bush, al iniciar 1991, ante el congreso de esa Nación y haciendo gala del triunfo alcanzado por el mundo libre contra el totalitarismo en sus diversas expresiones, afirma: "Los Estados Unidos asumen este liderazgo porque sólo ellos tienen tanto la estatura moral como los medios para sostenerlo". A continuación declara la guerra a Iraq, presentado como un formidable enemigo que podrá hacer más daño al mundo libre que el derrotado comunismo. Contra lo que se pensaba, el sofisticado y poderoso armamento de la guerra fría no era obsoleto, el mundo libre tendría aún que seguir pagando su costo. El enemigo era ahora el gigantesco conjunto de pueblos del Tercer Mundo, formado por gentes llenas de envidia y rencor, empeñadas en compartir con el mundo libre los frutos que ellos no han sabido alcanzar.

En guerra relámpago Iraq es vencido, pero no aniquilado, su presencia es útil en la región, en el conflictivo Medio Oriente, con grandes fuentes de petróleo en sus entrañas que hay que preservar para el Primer Mundo. El pueblo iraquí sufre la violencia brutal. Se utilizan las novedosas armas pensadas contra el comunismo. Pero su uso es muy costoso y por él tendrán que seguir pagando las naciones del mundo libre. Estados Unidos pasa la cuenta a sus aliados en Europa y al Japón, pero la resistencia se hace patente: Europa no necesita ya de la protección armada estadounidense y no está dispuesta a seguir pagando, tampoco Japón. Las tropas estadounidenses deben regresar a sus cuarteles como lo hicieron las soviéticas. Será el presidente Bush el que corra con el precio en 1993, con la derrota electoral que le impone el candidato demócrata William Jefferson Clinton.

Arnold Toynbee, en su obra *Estudio de la historia*, escribe lo siguiente: "La confianza en la victoria resultó al final la ruina de Goliat en su encuentro con David. Los marxistas han vivido hasta ahora con esta confianza cerca de cien años y los calvinistas durante unos cuatro siglos, sin que el mundo los haya desafiado; pero los musulmanes, que se entregaron a la misma orgullosa creencia y realizaron hazañas no menos poderosas en su vida anterior, han caído en la adversidad. ¿Qué pasa entonces? El determinista des-

ilusionado que ha aprendido por pura experiencia que su Dios no está, después de todo, de su parte, se ve condenado a llegar a la terrible conclusión de que él y sus congéneres son simplemente hombrecillos, piezas de un juego que no controlan y como cáscara vacía son arrojados”.

IV

Los grandes vencedores de la Segunda Guerra mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética, serán los grandes perdedores del fin de la guerra fría. Por el contrario, los grandes vencidos de la misma, Alemania en Europa y Japón en Asia, serán los que triunfen en la posguerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética se desgastaron en la carrera armamentista, haciendo de la amenaza de la guerra, instrumento para mantener la paz en las regiones bajo su hegemonía. Por el contrario, Alemania y Japón, como vencidos, no podían hacer armas ni cuidar de orden mundial alguno, por esto se dedicaron a fabricar utensilios domésticos, entre ellos ordenadores, videocaseteras y todo lo que se relaciona con la vida cotidiana. Estados Unidos daban apoyo a esta industria de paz que ponía una mayor comodidad al alcance de la gente que podía pagar su precio. Se estimulaba una economía que beneficiaba a los individuos, contraria a la que sostenía el comunismo, pero sin la amenaza de la guerra, con lo cual el escudo protector estadounidense salía sobrando. La Europa Occidental se unía y ponía en marcha la economía de mercado, el libre comercio para el cual no estaban preparados Estados Unidos.

La Unión Europea, la Casa Común Europea de la que se habló en el bicentenario, se ponía en marcha, pero se reservaba el derecho para recibir a nuevos inquilinos. Entre ellos no estaban los ex comunistas de la Europa central y del Este, menos aún las desarticuladas repúblicas que formaban parte de la Unión Soviética. El extraordinario desarrollo de la ciencia y la técnica hacía obsoletas las materias primas de las lejanas colonias y el trabajo barato de sus gentes para la economía de mercado. Entre otras cosas, el reciclaje y el robotismo hacían del Tercer Mundo algo prescindible y sus habitantes estaban destinados al vacío de la historia.

En Asia, en la Cuenca del Pacífico, Japón, el otro gran vencido de la Segunda Guerra mundial, que nunca había podido ser colonizado por el mundo occidental, al no poder hacer armas para las que había mostrado gran capacidad en la guerra, pondría esta mis-

ma destreza en la producción de mercancías domésticas, al igual que Europa. Primero las copiaba con la mayor exactitud, luego las mejoraba para terminar recreándolas, pero siempre buscando ponerlas al alcance de las mayorías, abaratándolas para su consumo. A menor precio más demanda, y así más producción y con ello más empleo. Pronto sus productos se impondrán en Estados Unidos y Europa, en especial los de la industria automotriz.

Japón entendió que no podía encerrarse en sí mismo, levantar murallas para defender sus logros, por el contrario, para superar los mismos necesitaba de más brazos productores y con ello originaba más producción y mayor consumo, haciendo de esos trabajadores nuevos consumidores. ¿Dónde encontrar más brazos productores? Pura y simplemente en las desechadas colonias europeas. Invertir en ellas, darles trabajo y empleo, generaría más producción y mayor capacidad de competencia frente al Primer Mundo. Las ex colonias empezaron maquilando para la industria japonesa, luego ésta produjo en ellas y las convirtió en sus socias hasta que se bastaron a sí mismas y por este desarrollo se dieron a conocer como Tigres del Pacífico. No competían con Japón, pues su capacidad creativa seguía siendo el impulso para un conjunto de pueblos del Tercer Mundo. Estados Unidos se vería obligado a transformar su economía de guerra en industria de mercado doméstico y para esto necesitaba contar con los consumidores que ya estaban copados en Europa y en Asia.

¿Qué hacer? ¿Hacer suyo el modelo autárquico de Europa? Los grandes grupos marginados de Estados Unidos lo harían imposible. Además al sur de las fronteras de la nación está el conjunto de pueblos que forman América Latina, vistos como patio trasero de esa nación, más de quinientos millones de habitantes que podrían ser el gran mercado para Estados Unidos. Pero pueblos pobres con limitado desarrollo no podrían ser el anhelado mercado. ¿Qué hacer? Lo mismo que Japón en la Cuenca del Pacífico, llevarles empleo y con ello capacidad para transformarse en buenos consumidores y al lograrlo ampliar la producción y con ello crear más empleos en una cadena sin fin. En otras palabras, compartir el desarrollo, transformarlos en socios para un progreso común a todo el continente americano, incluido Canadá.

El presidente George Bush, en gira por los países más desarrollados de Latinoamérica, ofreció un Tratado de Libre Comercio que abarcaría todo el continente y que se pondría en marcha con Canadá y México como TLC. Las frustradas esperanzas de Améri-

ca Latina regresaban con el nuevo enfoque económico, designado como neoliberalismo, que no podía ser confundido con el liberalismo darwiniano que mantenía la marginación milenaria. En un mundo integrado económicamente, se hacía patente el formidable desarrollo alcanzado por el mundo occidental al finalizar el siglo xx, estimulado por los grandes logros de la ciencia y técnica. La autarquía era algo imposible y con ello igualmente la marginación de gente o pueblo alguno. Todo esto se había puesto en marcha en Asia, pronto le seguiría América y los pueblos latinoamericanos alcanzarían el anhelado respeto a la autodeterminación como pueblos y el respeto a los derechos de sus gentes.

V

LA emergencia en Asia era una extraordinaria e inconcebible sorpresa para las potencias occidentales que sólo habían explotado a esta región y a sus habitantes. Las que fueran sus colonias sólo habían sido despojadas y castigadas con represiones y guerras como la del opio en China. Esta última había sido castigada y marginada por haber adoptado el comunismo, como Vietnam, pero sus habitantes estaban acostumbrados al trabajo rudo y al sufrimiento. Rápidamente aprendieron la ciencia y técnica occidentales para ponerlas a su servicio, mejorándolas, recreándolas y abaratándolas para que estuvieran al alcance de sus grandes masas.

Helmut Schmidt, que fuera canciller de Alemania, diría: "Desde hace ya un cuarto de siglo, Japón exporta alta tecnología, pero muy pronto vendrán China, la India, Indonesia y después otros países asiáticos. En muchos campos de la más moderna tecnología de punta, Europa cedió el liderazgo, primero a los estadounidenses, desde hace algún tiempo al Japón. En poco tiempo otros competidores nos abastecerán de satélites, *chips*, ordenadores o tecnología genética". A las palabras del canciller alemán se suman las del estadounidense Francis Fukuyama y su maestro Samuel Huntington: "Sólo los asiáticos han sido capaces de dominar el mundo tecnológico moderno y crear sociedades capitalistas muy competitivas como las de Occidente, y en realidad, dirían algunos, hasta en muchos aspectos superiores". Fukuyama, el mismo que había enviado al vacío de la historia sin fin a los pueblos del Tercer Mundo, incluida Asia, reconoce esto; pero también dice que existe algo en lo que estos pueblos no podrán superar a los occidentales y es en su moral y en las expresiones de la misma como

es la libertad, el sistema democrático y el respeto a los derechos humanos: en los pueblos occidentales nunca se hará trabajar a un hombre veinticuatro horas al día como lo hacen los asiáticos con su ancestral sistema autoritario. La respuesta del líder de Singapur, Lee Kuan Yew fue rápida: "Nosotros trabajábamos para ustedes veinticuatro horas al día, ¿era moral? Ahora trabajamos el mismo tiempo para nosotros ¿es inmoral?"

Fukuyama y Huntington enarbolan la defensa no sólo de la moral, sino de los intereses del mundo occidental a lo largo de la tierra. Derechos humanos, entre ellos el de los individuos a mantener su identidad. El presidente de Estados Unidos James Carter hizo de la defensa de estos derechos instrumento de su política internacional, alentando, sin proponérselo, revoluciones fundamentalistas como en Irán y la revolución sandinista en Nicaragua. Esta defensa, paradójicamente, permitirá enjuiciar y con ello intervenir con nuevas justificaciones en los mismos pueblos que han sufrido la injerencia colonial. Sólo que ahora es para frenar su emergencia en un mundo del que parecían marginados.

La Europa comunitaria condicionará su ineludible relación económica con pueblos en desarrollo, mediante una cláusula de respeto de los derechos humanos, que deberán demostrar sus posibles asociados. En el caso de Asia, y para no perder su lugar en el desarrollo que con gran fuerza se hace patente en esta región, donde se encuentran sus ex colonias, invertirá acrecentando su desarrollo, aunque esto origine desempleo en las propias metrópolis. Pero la cláusula de derechos humanos no se puede exigir a China, porque ésta no la acepta y Europa no quiere verse marginada de tan importante mercado.

VV

El Tratado de Libre Comercio pensado para todo el continente americano por el presidente George Bush, será hecho suyo por el presidente demócrata vencedor y puesto en marcha al finalizar 1993. Encuentra de inmediato obstáculos en el Congreso, tanto entre demócratas como entre republicanos. ¿Habría encontrado la misma oposición en su Partido Republicano el presidente Bush?, posiblemente no. De hecho será una oposición generalizada contra un presidente que no pertenece a la clásica élite gobernante. Un marginado social cuya formación y trayectoria se la debía a sí mismo, lo cual se suponía que era parte del "sueño americano" y había sido elegido sorpresivamente por las minorías marginadas de

ese país, que juntas resultaron ser una mayoría no imaginada. Sólo con grandes dificultades se aprobó el Tratado con Canadá y México: este último era el problema.

¿Cómo integrar la poderosa economía de los Estados Unidos con pueblos pobres y miserables como el mexicano? ¿Por qué no integrarse con economías fuertes como la europea o la japonesa? Se les olvidaba que esas economías se habían integrado económicamente para superar la dependencia que les había impuesto la guerra fría. Un tratado con pueblos como el mexicano sólo podía originar desempleo en Estados Unidos y la devaluación de su fuerza de trabajo. Para desarrollar la economía de esos pueblos era necesario castigar y aniquilar la propia. A regañadientes y con ánimo de no cumplir, se aprobaría el Tratado con México, pero con nadie más en Latinoamérica. Esto causaría enojo en los países del Cono Sur del continente y la acusación contra México de haber dado la espalda a los pueblos de los que es parte por raza e historia.

Del sur de las fronteras de Estados Unidos sólo podía venir el mal, lo que daña al hombre y sus derechos. El narcotráfico que perjudica a los jóvenes estadounidenses, los indocumentados que rompen la frontera, ofreciéndose por salarios de miseria para despojar a los estadounidenses de sus fuentes de trabajo. Del sur venía gente inferior, por su raza, hábitos y costumbres: indios, españoles, negros, mulatos y asiáticos. Inútiles serán los esfuerzos del presidente Clinton para ampliar el Tratado, tal y como lo había pensado su antecesor, el republicano Bush. Nada se quería saber de gente como la que ya tenían dentro, la misma que junta había dado la presidencia a Clinton.

Clinton, por esta victoria y el origen de la misma, será objeto de vejaciones a su investidura, nunca antes conocidas. Un presidente vulnerable a ataques, que al no poder ser contra su capacidad como gobernante, eran enderezados contra su intimidad personal, lesionando sus derechos como hombre, mismos que garantiza la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Vulnerable porque no contaba con el escudo protector que había creado la guerra fría. Ni Franklin D. Roosevelt en la Segunda Guerra, ni John Kennedy en la posguerra habrían podido ser objeto de las vejaciones impuestas a la intimidad de Clinton, porque hubieran sido consideradas como traición a la Patria. Sin embargo fue aplastantemente reelecto en 1996 y al serlo se hizo patente algo inesperado: bajo su mandato Estados Unidos emergían en la eco-

nomía de mercado, de la cual Europa y Asia los habían marginado al terminar la guerra fría. ¿Cómo? Haciendo algo semejante a lo que Japón había hecho con los marginados colonizados de la Cuenca del Pacífico, pero esta vez con los millones de gentes que forman grupos sociales marginados dentro de Estados Unidos, incorporando a la economía de mercado a personas que indiscutiblemente están ligadas al consumo. La gente que le había dado su voto: latinos, africanos, asiáticos, mujeres, jóvenes, ancianos y homosexuales. Se hacía patente una nueva América, unos Estados Unidos multirraciales y multiculturales, como lo era la América al sur de sus fronteras. Paradójicamente la América Sajona se latinoamericanizaba.

El emerger de Estados Unidos cayó de sorpresa en la Europa comunitaria y hasta con enojo en un sistema económico que parecía serle ajeno. Europa tenía que competir con un tremendo adversario. Un sociólogo francés se preguntaba qué iría a pasar con el mundo, gobernado por un mediocre marginado que había llegado al poder del imperio, apoyado por otros marginados. William Clinton siguió insistiendo en el rechazado proyecto del presidente Bush, la integración económica del continente americano, el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Al sur del continente se había formado el MERCOSUR, visto como contrapartida del TLC. La propuesta de Clinton fue recibida en esta zona con gran interés, pues se formaba un mercado difícil de imaginar. Entrar en éste sería para la misma Europa un reto mayor al que había sido el mercado asiático. Una apuesta posible a ese mercado era México, frontera de Latinoamérica con Estados Unidos. Clinton igualmente, pese a la resistencia del congreso, buscó con China un acuerdo que beneficiara a ambas naciones, poniendo de lado la presión para que éste tuviera en cuenta que se trataba de una nación violadora de los derechos humanos. Éstos tenían que ser respetados, pero era China la que tenía que dar las pautas, sin directivas o presiones ajenas a ella. Hace algo más: visita con éxito África negra, continente para la exclusiva explotación de Europa, abandonado a su suerte por ser ya prescindible para los intereses de la misma. No ofrece subsidios ni caridad alguna, sino tratados de comercio que hagan con la región lo que hizo Japón en Asia y lo que el mismo Clinton había hecho con los marginados de Estados Unidos.

TODOS estos intentos y muchos más serán resistidos por intereses que nada quieren saber de cambios que los afecten. El viejo liberalismo de la lucha de las especies de Darwin, donde se imponen los más aptos, es negado por un nuevo liberalismo que se podría resumir como un competir compartiendo. La competencia como estímulo para un mundo en el que nadie pueda quedarse marginado y no se regrese a un pasado de violencia que en la globalización desencadenaría la destrucción de la humanidad.

El extraordinario desarrollo material de fin de siglo y milenio permite crear riqueza y al mismo tiempo conservarla. Los derechos de los hombres podrían por fin ser respetados en la diversidad de lo humano. Sin embargo, quienes se resisten a esta posibilidad se las están ingeniando para hacer de los mismos, instrumento para violarlos. Nunca antes en la historia habían surgido tantos defensores de los derechos humanos, no sólo las ONGS, noble expresión de este empeño, sino potencias que han llegado a serlo por la violación de los mismos, multiplicando y apoyando la existencia de gobiernos que, en su inapelable opinión, son sus violadores, condenándolos a la plena marginación del mundo humano y civilizado. Se exige a pueblos de los mismos organismos que se conviertan en severos e iracundos jueces de quienes son extraños a la experiencia política, ética y económica del mundo occidental, para que hagan suya esa experiencia y sean bien calificados. En Argelia se convoca a elecciones como las que se realizan en aquel mundo, pero las mismas se anulan en cuanto asoma el peligro de que sean estrictos seguidores del islam los que resulten triunfadores. La democracia al modo de Occidente sólo podrá ser válida si se respetan los intereses del mismo. El resultado lo conocemos, el más brutal terror fundamenalista se hace expreso en diversos lugares del mundo árabe. Terminada la guerra fría se mantiene la condena al pueblo cubano por no defenestrar al líder que lo guió y acompañó en este periodo. La Europa del Este seguirá siendo la Europa comunista y no la que se había considerado siempre como rehén del comunismo. Se busca a los violadores de los derechos humanos, en una cruzada que afectará a los pueblos que son la más cruda expresión de la violación que les fue impuesta por sus colonizados, condenándolos a la miseria y al subdesarrollo.

La violación de los derechos humanos ha partido y se ha justificado en algo inherente a lo humano, la diversidad de sus expresiones raciales y culturales. El no ver en otro a un semejante por ser distinto a él, como él es distinto a los otros. La expansión occidental a lo largo y ancho de la tierra hizo de este prejuicio instrumento para mantener y garantizar su conquista y dominio. Aquellos con los que se encontraba sólo eran paganos por cristianizar, salvajes por civilizar o parte de la flora y fauna por utilizar y desbrozar. A partir de la propia y peculiar identidad se juzga la de los otros, convirtiéndola en arquetipo. Éste ha sido el origen de la discriminación y la segregación. No importa el color o conformación corporal, la puede sufrir no sólo un negro, amarillo, aceitunado o con determinada conformación; la puede sufrir un blanco y rubio eslavo. En la Segunda Guerra mundial esta diversidad de gentes participaron para enfrentar el totalitarismo racista del nazismo. Por ello al término de la contienda, con el supuesto triunfo del mundo libre, los pueblos no occidentales reclamaron el respeto a su identidad, el derecho a ser distintos.

El caso más relevante fue Sudáfrica, en donde una pequeña población blanca de origen holandés y calvinista se imponía y discriminaba a la gran población negra originaria de ese lugar. El presidente blanco Hendrik F. Verwoerd, en 1958, anuncia una nueva política de respeto a las diversas identidades de gentes que han nacido en Sudáfrica: blancas y negras. Esta política será llevada hasta sus últimas consecuencias. "Todos los nacidos en Sudáfrica, blancos y negros, tienen derecho a la autodeterminación, lo que no significa independencia política, sino el derecho a mantener la identidad cultural en que se ha formado: su lenguaje, religión, modo de vivir y nivel económico". Esto es, los negros con su folklore, su selva y sus llanuras; los blancos con su carbón, diamantes, factorías y fábricas. Cada uno en su lugar sin confundirse ni mezclarse.

A esta política se le llamó *apartheid* y contra ella lucharon los más importantes líderes negros, destacándose Nelson Mandela. En África todos los nacidos en ella, negros y blancos, tenían los mismos derechos. La tierra era patrimonio de sus habitantes originales, pero en ella podrían haber otras razas y otras culturas sin la exclusión regional de ninguno de ellos. El *apartheid* se origina de la supuesta defensa de la identidad de las personas, impidiendo que una avasalle a otra, dejando a cada una en el lugar que le corresponde, de acuerdo con su identidad. Los blancos con la rique-

za alcanzada por ellos y los negros con los límites de su identidad y pobreza.

Esta misma y discriminatoria propuesta se viene haciendo con los llamados indígenas de América Latina, como se ha expresado en Chiapas, México, para supuestamente poner fin a cinco siglos de injusticias. Y la injusticia es haber subordinado su identidad, imponiéndoles algo que culturalmente les era ajeno: lengua, cultura, religión, usos y costumbres. "Se promoverá el reconocimiento de la composición pluricultural del estado de Chiapas que se sustenta en la existencia de sus pueblos indígenas". Son indígenas aquellos que tienen una continuidad histórica con las sociedades anteriores al descubrimiento y la conquista europea. Habrá que restituirles todo aquello de que fueron despojados, el "uso de su lengua y en declaraciones testimoniales el derecho a elegir sus intérpretes". En otras palabras, hacer de esos millones de mexicanos un patrimonio cultural de la nación, como lo son las maravillosas ruinas del pasado precolombino. Museos y reservaciones para satisfacción de los hastiados turistas del rico mundo que nada podrán temer de tal gente, como nada temen de los pieles rojas en las reservaciones estadounidenses.

Quienes hacen estas propuestas, dentro de un gran aparato informativo internacional, no son precisamente indígenas, sino criollos, mestizos y ladinos con el apoyo de fuerzas internacionales que utilizan la negativa al *apartheid* como una violación a los derechos humanos de la gente así instrumentada. La negativa es presentada como una agresión a los derechos a salir de la pobreza centenaria. Se orquestan campañas a través de los nuevos instrumentos de comunicación para pedir el castigo de quienes violen estos derechos a mantenerse en el pasado. Y el castigo es para todo el pueblo que trata de emerger, condenándolo a la marginación o haciendo de esta amenaza instrumento para negociar ventajas económicas.

VIII

EN 1989 se anunciaba la Casa Común Europea, se estaba ya perfilando la Casa Común Asiática, se ponía en marcha la Casa Común Americana y en África, con el ejemplo de la Sudáfrica de Nelson Mandela, la Casa Común Africana. En el próximo siglo, según soñaría Victor Hugo, se formaría la Casa Común del Hombre. Sin embargo, la resistencia a esta posibilidad está perfilando la Casa

Infernal de la Humanidad. Lejos de buscarse el respeto a los derechos humanos la supuesta defensa de los mismos logra su violación y, al lograrlo, se castiga a pueblos enteros. Se buscan fallas en el pasado de pueblos y personas que puedan ser objeto del castigo que se pretende a través de poderosos instrumentos de comunicación como el Internet. Se magnifican los errores y se crean ídolos. Estos mismos instrumentos acaban en segundos con los esfuerzos para romper el subdesarrollo como se está viendo con la sorpresiva emergencia asiática. El trabajo tenaz de los asiáticos veinticuatro horas al día para sí mismos, como lo expresaba el líder de Singapur, se va al vacío con un oportuno golpe de Internet en la bolsa, donde los asiáticos creían haber encontrado un modo más rápido de crecimiento. Fácilmente se podía alcanzar lo que con tanto trabajo se había logrado, pero también, con la misma facilidad se podía perder todo. Los mismos instrumentos permiten poner en la picota al presidente de la nación más poderosa de nuestro tiempo, hurgando en su intimidad, pero también poniendo en jaque al sistema democrático que ha hecho la grandeza de esa nación.

¿Cuál es la salida? Al presidente de China se le interrogó en una entrevista sobre los cargos que se hacían al gobierno de esa nación, de no respetar los derechos humanos de su pueblo, impidiendo la democracia, y qué relación tenía esta situación con el desarrollo económico que China estaba alcanzando. El presidente contestó: "El día en que cada chino coma bien, se vista, se eduque y tenga el ocio que corresponde a su trabajo y sepa que todo eso se lo debe a sí mismo, ese mismo día empezará la democracia y capacitará a los chinos para defender sus propios derechos. Mientras no suceda esto, mientras no le sea otorgado, lo que se le otorgue será siempre condicionado". En otras palabras, como diría un funcionario bajo el gobierno del presidente Salvador Allende en Chile: "Al pueblo no hay que darle el pescado, al pueblo hay que enseñarlo a pescar". Esto es, nada que no haga la gente por sí misma será hecho por otros. Los bien y mal intencionados defensores de sus derechos y desarrollo saldrán sobrando cuando cada individuo sepa cómo hacerlo por sí mismo.